

GRISELDA Y GUALTERO.



NUEVA RELACION

de la peregrina historia de esta pastorcilla, y de como el marqués Gualtero trató su casamiento con ella, y salió el mas singular egemplo de la obediencia que deben tener las mugeres casadas á sus maridos.

PRIMERA PARTE.

Atiéndame el auditorio
mientras con dulces palabras
y muy suaves acentos,
aquesta historia se canta.
Préstenme todos silencio
con venevolencia grata,
para poder comprender
lo que mi lengua relata.
Atiendanme; pero es fuerza,
que en cualquier obra que se haga
se ponga un buen fundamento,
para que salga acertada.
Y así el auxilio imploramos
de la Virgen soberana,
que con tan luciente Estrella,
mi musa, aunque muy turbada

cobrando aliento, dará
principio á esta historia rara.
Hubo de sangre muy noble
un gran marqués en la Italia,
dueño de muchos lugares,
que Gualtero se llamaba,
en su trato muy afable,
y de condicion muy llana.
Era el tal marqués soltero
y aficionado á la caza,
de tal modo, que por ella
toda diversion dejaba.
En esto se entretenia,
y por vivir á sus anchas,
no deliberó el casarse.
Pero como de tan clara

sangre su casa venia,
 por que sucesion dejára,
 deseaban sus vasallos,
 ver su señor si gustaba
 el elegir nuevo estado.
 Dispusieron que llegára
 el que mas de su cariño
 fuere, y del caso le hablara
 y de esta suerte estaria
 su intencion declarada.
 Al punto lo ejecutaron,
 fué uno de ellos, y lo llama
 aparte, y asi le dice:
 gran señor, cierto me holgára
 que tomarás mi consejo.
 Bien sabes que á la tirana,
 azote de los mortales
 somos (porque Dios lo manda)
 sujetos, y puede ser,
 que al golpe de su guadaña,
 el dia mas descuidado
 rinda tu vida á la parca.
 Y pues tenemos señor
 de sangre tan sublimada
 todos fuéramos gustosos,
 gran señor, que te casáras,
 por lograr un sucesor,
 que cual vos nos gobernára.
 Prudente el marqués responde
 estas siguientes palabras:
 que sea yo desposado,
 contra mi gusto se haga;
 mas ya que tal intentais,
 en lo que digo repara,
 que la que eligiere esposa
 (bien sea noble ó villana)
 ahora ni en ningun tiempo
 le habeis de negar la cara
 pues debe como señora
 de todos ser respetada,
 en tí le respondo á todos,
 vé, diles las circunstancias.
 El mensagero responde
 con razones muy urbanas;
 pues yo soy, señor,
 el que empeña su palabra
 por todos los de tu córte.
 La condicion otorgada
 el maqués le prometió
 el darles gusto sin falta.

Cerca del palacio habia
 unas aldeas que estaban
 como cosa de dos tiros
 distantes de las murallas:
 y cuando con los monteros
 solia salir de caza
 el marqués algunas tardes
 aquel sitio frecuentaba:
 y habia puestos los ojos
 en una honesta muchacha,
 que en una de estas aldeas
 tenia albergue y morada;
 hija de un labrador pobre
 que Janículo llamaban,
 tan bizarra y tan hermosa
 que era otra segunda Palas.
 Griselda, que este era el nombre
 de aquesta hermosa muchacha,
 humilde unas ovejuelas
 de su padre apacentaba,
 y para no perder tiempo,
 cuidadosa de su casa,
 mientras pacia el ganado
 con su rueca hilando andaba.
 Vióla el marqués muchas veces,
 y aficionado á su gala,
 dispuso casar con ella;
 dió á sus vasallos con llana
 voluntad citado el dia,
 para que se divulgára
 el festivo desposorio,
 de su señor, y fue tanta
 la alegría que tuvieron,
 que cada cual deseaba
 aquel dia tan dichoso;
 pero todos ignoraban
 quien pudiese ser la novia.
 Y mientras que se pasaba
 aquel limitado tiempo,
 á medida de otra dama
 de talle como Griselda,
 hizo Gualtero las galas
 y adornos de una princesa,
 con joyas muy sublimadas.
 Llegó el dia, y convocóse
 toda su noble comarca,
 y en magnificos ecches
 siguen á Gualtero, y pasan
 á quel sitio que antes dije.
 A este tiempo que llegaban,

Griselda tambien venia con un cántaro de agua, y dejándolo de prisa, salió con otras muchachas á ver del marqués la novia y Gualtero con palabras halagüeñas por su nombre llamándola, así le habla: Griselda donde está tu padre? Y Griselda con vos baja le responde: Señor mio, mi padre está dentro en casa. Apeóse el caballero, y dijo á los que llevaba que un poco se detuviesen que saldria sin tardanza. Entróse solo allá dentro, con el padre se encontraba de Griselda, y le saluda, y de esta suerte le habla: Janiculo muy bien sabes que eres mi vasallo, y tanta voluntad tengo á tu hija, que dispongo de tomarla por esposa, es tu gusto, mas juzgo que repugnancia no habrá alguna puesto que eres dichoso en esta embajada, tu respuesta espero ahora. Y con vergüenza sobrada Janiculo les responde: señor, no merezco nada, mas si gustais de este empleo, vuestra voluntad se haga. Llámala al punto, le dice, que quiero hablar dos palabras con ella, si es gustosa; y Janiculo la llama. Vino Griselda corriendo á ver lo que le manda su padre: y el caballero le dice: Griselda amada, tú gustas de ser mi esposa? Y ella responde turbada, señor mio yo tu esposa? no gastes conmigo chanzas, que soy pobre, y diferentes son tu palacio y mi casa: conoció en esto Gualtero, que ella se consideraba

indigna de un tal empleo; y le dice estas palabras: dime, tú serás constante en todo cuanto yo haga? Y ella respondió, señor, si de improviso mandáras que me quitáran la vida con la muerte mas amarga que bárbaros intentasen no romperé mi constancia. Bastante has dicho con eso, dijo, y al instante manda á dos dueñas que traia, que la ropa que llevaba, la quitasen y vistiesen de aquellas costosas galas que traian prevenidas. Y muy en breve la saca ataviada y compuesta á la puerta y en voz alta dijo esta es mi consorte, esta es la que destinada tengo, ya hace mucho tiempo para ser mi esposa amada. Esto que todos oyeron, los sombreros y las capas por los aires se estendian, con victores y alabanzas, pues su señor les cumplia el gusto que deseaban. A Griselda la pusieron en un coche: y luego marchan á la ciudad diligentes, en donde alegre se casa el marqués. Pero que gozo! que júbilo! que alabanzas! qué placeres! que alegrías! que toros! juegos de cañas! que comedias! qué deleites! por la córte celebraban! Quéde pues en la alegría aquesta primera plana, que en la segunda prometo, de penas, aunque calladas, darle á mi auditorio atento una noticia muy larga.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije con cuantas glorias

con el invicto Gualtero
 quedó Griselda casada,
 que fué de constancia ejemplo;
 atención oyentes míos,
 otra vez á encargar vuelvo,
 porque son muy diferentes
 los casos, que si primero
 fué contento y alegría
 ahora es pena y sentimiento.
 Dejo aparte la alegría
 de los cuatro años primeros
 de su feliz matrimonio,
 y vamos ahora de nuevo
 á referir los pesares.
 A los dos años tuvieron
 una hija que en belleza
 quita al sol sus rayos bellos.
 Celebróse de la infanta
 el dichoso nacimiento
 con universal aplauso,
 aunque gustara Gualtero
 mucho mas que fuera infante,
 por la quietud de sus pueblos.
 Crió Griselda la niña
 con cariño de sus pechos
 por espacio de dos años,
 y al cabo quiso Gualtero
 probar la fina constancia
 de su esposa y muy severo
 entró al cuarto donde estaba,
 de esta manera diciendo:
 bien te acordarás Griselda
 de tu ya pasado tiempo,
 cuando vinistes á mi casa,
 y aquel ofrecimiento
 que delante de tu padre
 me hiciste, que en ningún tiempo
 me habías de dar disgustos,
 y así has de tener por cierto,
 que de nuestro matrimonio,
 hubo muchos descontentos,
 y después de haber parido,
 mas disgustados los veo,
 porque dicen que no quieren
 sujetarse á los respetos
 de tu hija, que aunque sea
 hija, de un señor tan bueno,
 nieta es también de un villano,
 como es Janículo: creo
 lo tendrás bien en memoria;

y así tengo ya dispuesto
 por la concordia y la paz
 de mis vasallos que luego
 salga tu hija de casa,
 y esto ha de ser al momento.
 A que respondió Griselda,
 sin muestra de sentimiento:
 señor, de mi y de mi hija
 sois vos el perpetuo dueño;
 has, dispon, manda y ordena
 que yo siempre á tu precepto
 estoy firme y muy dispuesta.
 Al punto mandó Gualtero
 á un criado que llegase,
 y la infanta con despejo
 quitase á su madre, y la saque
 de su presencia al momento.
 Fué el criado diligente,
 entróse en el aposento,
 y viéndole la señora,
 pensó su intención, y luego
 tomó en brazos á la niña,
 y la persignó, diciendo:
 Dios te libre de desgracias;
 en el rostro le dió un beso,
 y al criado se la entrega
 quien salió del aposento.
 Notad, oyentes amados,
 la congoja y sentimiento
 que en el corazón Griselda
 tendría, y con todo eso
 no se vió mudanza alguna
 en su diamantino pecho.
 Fué el criado donde estaba
 su amo, y dispuso luego
 la llevasen á Bolonia,
 donde tenía Gualtero
 una hermana, que casada
 era con un caballero,
 llamado el conde Panicio,
 y encargó que con secreto
 á su hija la criasen
 con aquellos documentos
 que entre los nobles se usan
 en la educación, mas de esto
 nada sabía Griselda,
 pues iba con tal silencio,
 que aun de si era muerta ó viva
 no le dió cuenta Gualtero.
 Y cuando fué Dios servido,

un bello infante tuvieron
hermoso á las maravillas,
y con los mismos cortejos
que la infanta fué aplaudido;
pero cuando llegó el tiempo
de poder ya destetarlo,
con otra industria Gualtero
la constancia de su esposa
quiso probarla de nuevo.
Entró donde estaba sola,
y como quien de veneno
está encendido, le dice:
quitar ese niño quiero
de mi presencia, pues ambos
sois el primer fundamento
de mi pundonor perdido,
y muchos estar sujetos
á mi persona rehusan,
y á tu hijo por lo menos
en ningun tiempo darán
de hijo de marqués respeto;
salga pues luego de casa.
Y con semblante risueño
dijo Griselda señor,
ya os dije que mi deseo
y mi mayor alegría
es daros gusto completo
en todo, y así mandad
lo queuviéreis dispuesto
que todo cuanto á vos plazga,
me place á mí pues no temo
perder á otro sino á vos.
Estas palabras oyendo
se salió y llamó al criado
diciéndole que al momento
vaya y le quite el infante
de los brazos, qué tormento!
Fué el criado y la señora
persignando al niño bello,
lo besó, no sin gran pena,
aunque festivo y sereno
manifestaba el semblante.
Dió al criado el niño, y luego
del aposento se sale,
y en las manos de Gualtero
se lo entrega, el cual lo envia
á Bolonia con el mismo
encargo, que le criase
su cuñado con secreto.
Pasáronse muchos dias,

5
que sin sus dos hijos bellos
la triste Griselda estaba:
pero ningun sentimiento
en su rostro conocian,
y aunque alguna vez Gualtero
se los nombraba por ver
si ella haria algun estreno
ó demostracion de pena,
jamás consiguió su intento.
Luego despues, un rumor
se suscritó por el reino,
pues decian que el marqués,
que estaba muy descontento
de su desigual estado
de matrimonio y por eso
ocultaba sus dos hijos,
que nadie sabia de ellos.
Y de allí á muy breves dias
otras noticias oyeron
por las córte; que el marqués,
al Papa le envió un pliego,
para ver si repudiando
la esposa que le dió el cielo,
podriase casar con otra
por la quietud y sociogo
de su familia y vasallos.
Y despues tomó mas cuerpo
que el despacho habia vuelto
dispensando, y permitia
el Pontifice supremo,
casáse el marqués con otra.
Tales noticias corriendo,
empezóse á divulgar,
y se prefijaba el tiempo,
cuando vendria la novia
del marqués, y con acuerdo
le remitió con sigilo
unos renglones, Gualtero
á Panicio, que llevase
sus dos hijos al momento,
señalando el dia fijo,
por lograr mejor su intento.
Por fin un dia el marqués,
estando todo el congreso
convocado, hizo llamasen
á Griselda, y con severo,
semblante, de aquesta forma
le dijo: tened por cierto,
esposa mia, que el mundo
dá muchas vueltas; por eso

á muy pocos es constante
 la fortuna porque vemos
 cada día, que un señor
 de noble sangre y dinero
 vestido de mucha pompa
 de la fortuna á un tropiezo
 se sujeta y avasalla
 á ser un humilde siervo.
 Y pues licencia del Papa
 para repudiarte tengo,
 y mi nueva esposa viene
 tú has de salir sin remedio
 de palacio y entregarle
 á la que venga tu empleo;
 y mas no te has de llevar
 de mi palacio, que el mismo
 dote que tu me trajistes.
 Estas palabras oyendo,
 dijo Griselda: señor,
 cuando desnuda algun tiempo
 de mis vestidos humildes,
 vestí los preciosos vuestros
 me despojé de ser dueña
 de mi misma, y con contento
 me vestí de la humildad
 para con vos; á quien debo
 tantas finezas, y siempre
 con humilde rendimiento
 por la mas dichosa viuda
 me tendré de aqueste reino,
 por haber logrado ser
 esposa de tan buen dueño.
 Solo te pido y suplico,
 para que vaya cubierto
 este vientre que enjendró
 á mis dos hijos y vuestros,
 me dejes esta camisa,
 para salir por el pueblo,
 hasta llegar á la casa
 de mi padre. Y no pudiendo
 Gualtero de enternecido
 contener su sentimiento,
 con lágrimas en los ojos,
 le volvió el rostro, diciendo:
 llévatela; y apartése
 de mi vista. Aquí pues dejo
 la historia, y en otra parte
 remataré este suceso.

TERCERA PARTE.

Pues conté en la primer parte
 mil placeres y alegrías,
 y tambien en la segunda
 ánsias, penas y fatigas;
 en la tercera prometo
 manifestar convertida
 la pena en doblados gozos,
 y el dolor en mayor dicha.
 Ya digo con que despejo,
 con que especie de ignominia
 quedó la triste Griselda,
 de su esposo despedida
 desnuda de los vestidos
 con que sus carnes cubria,
 de pié y pierna descalza
 de palacio se salia,
 mas no sola que llevaba
 tantos en su compañía
 que de toda aquella córte
 el concurso mayor iba.
 Hombres, mugeres y ancianos,
 ricos, pobres, niños, niñas,
 los unos de sentimiento
 sus corazones partian,
 otros las piedras regaban
 con lágrimas que vertian:
 todos el dolor acerbo
 de su señora sentian:
 y la afligida Griselda
 siempre mostrando alegría.
 Amargamente lloraban
 todos cuantos la veian,
 ella á todos consolaba
 y de esta suerte decia:
 no lloreis, pues yo no pierdo
 cosa alguna propia mia,
 que en pobreza y desnudez
 pasé la flor de mi vida,
 y si tuve esta ventura,
 la Providencia divina
 me lo dió, para que ahora
 me sirva de mas fatiga.
 No siento el perder las grandes
 riquezas que poseia,
 solo siento el ausentarme
 del esposo de mi vida.
 Este dolor me atribula,
 esta pena me fatiga.

esta congoja me ofende,
 y esta afliccion me contrista,
 con las palabras que hablaba
 las piedras enternecia,
 y al murmullo que formaban
 los que en compañía iban
 de sollosos y suspiros,
 ayes que al viento esparcian,
 por las calles que pasaban,
 á las ventanas salian,
 acompañando en el llanto.
 Llegó por fin la noticia
 al padre que salió en breve
 á recibir á su hija.
 Viendo que tan deshonesto
 trage entre el tumulto iba,
 llegó á ella, y con penosas
 ánsias la dijo: hija mia,
 no te aflijas, pues yo tengo
 en un rincon escondida
 la ropa que te quitaste,
 cuando de gala vestida,
 te saliste de mi casa
 con contento y alegría;
 para ser feliz esposa
 del marqués que tu desdicha
 sola esa fue. Y ella dijo:
 padre mio de mi vida,
 no fui yo la desdichada,
 que quien tuvo la desdicha
 fué mi esposo, que casóse
 con una que no valia
 tanto como él, esa fué
 mi fortuna y su desdicha.
 Y para aliviar su pena,
 no obstante de que yo viva,
 permite el Papa otra esposa
 á mi esposo, porque sirva
 de paz y quietud á todos.
 Yo vengo con alegría
 á vuestra casa, señor,
 para volver á la vida
 como fueron mis principios,
 entre pobreza metida.
 Llévose el padre á casa,
 y de humilde pastorcita
 tomó otra vez el vestido.
 Pasados algunos dias
 envió el marqués Gualtero
 á la aldea referida

un page, y dijo á Griselda,
 que esté en palacio á otro dia
 de mañana, porque importa.
 Viendo nueva tan precisa,
 dió el sí; y el mensagero
 para palacio volvia.
 Fué Griselda, y á su esposo,
 cuando presente la mira,
 con humildad cariñosa
 de esta suerte le decia:
 mándame esposo y señor,
 en que humillada te sirva
 que mi gusto es complacerte.
 Dijo Gualtero; pues mira,
 mañana viene mi esposa
 con toda su comitiva
 tú has de disponer las mesas
 para la boda lucida.
 Hizolo con humildad;
 quién del caso no se admira!
 A otro dia de mañana
 llegó la gran comitiva
 con la novia del marqués.
 Salió pues á recibirla
 aquel Job de la paciencia,
 y dióla la bienvenida
 como los demás, alegre:
 ¡Oh pasmosa maravilla!
 Sentaronse á comer,
 y ella á la mesa servia,
 donde fueron asistidos
 con la ostentacion debidá.
 Y habiendo dado á Dios gracias
 dijo el marqués que queria
 hacer alli unas preguntas,
 que no dejasen sus sillas.
 Llamó entonces á Griselda
 y amoroso la decia:
 Griselda, qué te parece
 de mi esposa? no es muy linda?
 no es agraciada? no es bella
 su perfeccion? y no es cifra
 de la hermosura, su cuerpo?
 Y ella entonces de rodillas
 dijo delante de todos:
 señor, juzgo que en mi vida
 no he visto ni espero ver
 ni el claro sol que registra
 con sus reflejos lucientes
 desde su esfera lucida

todo el contorno del mundo,
 juzgo que no tendrá vista
 otra copia semejante
 á mi señora, y permita
 su Magestad que os goceis
 en amable compañía
 muchos años y despues,
 al partir de aquesta vida,
 goceis en la eterna gloria
 las celestiales delicias.
 Viendo la humildad tan grande
 tan singular y crecida
 de su esposa levantóse,
 y abrazandola, decia,
 (vertiendo sus ojos perlas,
 que por la mesa corrian:)
 de tu gran lealtad, Griselda,
 hartas cosas tengo vistas,
 y no deseo ver mas:
 tú eres sola la querida,
 tú eres sola la estimada,
 que la que presente miras,
 y la tienes por mi esposa,
 es nuestra querida hija,
 y nuestro hijo el mencebo
 que por cuñado tenias.
 Con que quanto imaginabas
 tener perdido, este dia
 lo recuperastes junto.
 Vuelva en placer la fatiga,
 vuelva en gozo la tristeza:
 y ahora esposa querida,
 perdon te pido de haberte
 hecho tantas ignominias.
 Y sepan cuantos pensaban
 que á mi esposa pretendia
 arrojarla de mi casa,
 y aborrecida la habia,
 que es engañosa su idea,
 pues si fué una accion impia
 mostrar con ella despego;
 fue] alarde con que queria
 acrisolar su constancia,
 y pues la tengo ya vista,
 perdon delante de todos

pido á mi esposa ofendida.
 A mis hijos oculté
 privándome de su vista
 por ver su resignacion:
 y las amargas noticias
 para mi querida esposa,
 que por la córte corrian,
 yo las fingí, y nadie tiene
 de esto culpa, toda es mia.
 Ay cielos! no hallo palabras
 con que esplicar la alegría
 que todos los de la córte
 tuvieren en este dia.
 A los padres de Griselda
 llevaron con escesiva
 pompa y grandeza á palacio,
 donde hicieron esquisitas
 fiestas, saraos, comedias,
 y despues de concluida
 todos quedaron en paz,
 y en conformidad unida.
 Ea, señoras mugeres,
 pues os presento á la vista
 este espejó de Griselda,
 tomad de él ejemplar vida.
 No es decir que los hombres
 á fuerza de la codicia
 de ser dueños, se adelante
 á querer ser homicidas,
 que fue la muger primera
 formada de una costilla,
 para darnos á entender
 la inmensa sabiduria,
 qué la muger no es cabeza,
 sino amable compañía,
 pues de ser el corazon
 fue la materia escogida
 para formarla, y así
 debe ser muy escesiva
 la paz y union entre ambos,
 siempre tan de asiento fija,
 como la ley de Dios manda,
 y la iglesia nos lo avisa.
 Y aquí el perdon de sus faltas
 pide la pluma rendida.

FIN.

CARMONA:—1858.

Imp: de D. J. M. Moreno. Calle Juan de la Cabra. núm 4.